



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

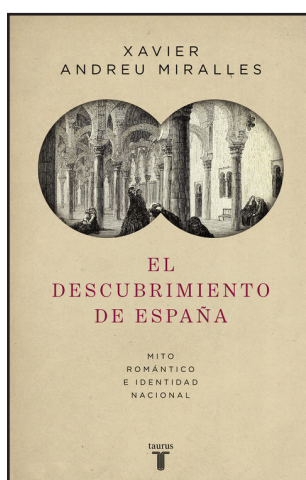
Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 23 (2017)

DOS LIBROS SOBRE ESPAÑA: IMAGEN, IDENTIDAD Y MITOS NACIONALES

Jesús TORRECILLA (2016), *España al revés. Los mitos del pensamiento progresista (1790-1840)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 306 pp.

Xavier ANDREU MIRALLES (2016), *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, Madrid, Taurus Historia, 496 pp.



Dentro del ámbito académico es bueno que los historiadores miren hacia la literatura y el arte, y que desde el estudio de la literatura y el arte asimismo se mire hacia la historia. Gracias a esta nueva conexidad —mucho ha tardado en producirse—, en los últimos años los diferentes entramados culturales se han ido incorporando a los estudios historiográficos y a las ciencias sociales, y viceversa. Y es que la literatura forma parte de la historia, de la misma forma que la historia está en la literatura.

Dos ejemplos de estas perspectivas — ahora novedosas, y que no deberían serlo tanto— son los trabajos de Tomás Pérez Vejo (*España imaginada. Historia de la invención de una nación*, Galaxia Gutenberg), y de Carlos Reyero (*Alegoría, Nación y Libertad. El Olimpo constitucional de 1812*, Siglo XXI de España), donde se analiza el protagonismo de la pintura y la imagen en la configuración de la idea nacional de España y sus procesos revolucionarios. De ello también nos hemos ocupado en otra monografía (*Escribir 1812. Memoria histórica y Literatura. De Jovellanos a Pérez-Reverte*, Fundación José Manuel Lara) y en distintos libros colectivos de hace algunos

años (*Historia, memoria y ficción, 1750-1850*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz; *Costumbrismo andaluz*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, por ejemplo).

Lo cierto es que para la historiografía moderna sobre los nacionalismos, las nuevas aportaciones pasaban, de uno u otro modo, por interpretar el origen de las naciones como resultado de dichos discursos políticos, y no al revés (como de manera tan excluyente se ha interpretado hasta ahora), jugando un papel muy significativo en dichos constructos imaginarios los mecanismos de producción cultural, literaria y/o artística. En otras palabras, y por poner un ejemplo muy claro, los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós no son solo un reflejo de las revoluciones liberales del XIX —que también—, sino una lectura ficcional que se agarra a determinados hechos históricos para crear una visión mítica de la historia del liberalismo. No en vano el género histórico es también, pese a los historiadores mismos, un género tan ficcional como la novela o la poesía. Un resumen y síntesis de todos estos procesos se pueden leer en uno de los últimos libros de José Álvarez Junco (*Dioses útiles. Naciones y nacionalismos*, Galaxia Gutenberg).

La configuración de la España actual, muchos de sus problemas identitarios, políticos y territoriales no resueltos aún tienen su explicación en la contradictoria formulación y relato que de la nación española se proyecta a partir de la incomprendida ilustración peninsular y las posteriores revoluciones liberales. Un tortuoso conflicto que puede —y debe— rastrearse a través de la producción cultural de los siglos XVIII y XIX (también el primer tercio del XX), con especial atención a la mirada que la literatura ha proyectado insistentemente sobre ellos, o al revés, la proyección y el peso que la historia ha depositado sobre la ficción literaria. Desde una perspectiva a otra y viceversa, lo cierto es que los textos del pasado —novelas, teatro, ensayos, poesía, relaciones, etc.— resultan coordinadas muy acertadas para mirar hacia atrás, máxime si se trata de textos que han servido para construir un determinado imaginario sobre España y los españoles de profundo y complejo calado en la realidad sociocultural de España, incluso la de hoy en día, y de fuerte repercusión exterior.

De esta construcción teórica se ocupan dos buenos libros publicados en el 2016: *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, del prometedor historiador Xavier Andreu Miralles; y *España al revés. Los mitos del pensamiento progresista (1790-1840)*, del catedrático de literatura española de la UCLA, Jesús Torrecilla. Dos libros que, en cierto sentido, se complementan, al presentarnos los diferentes procesos de construcción de mitologías nacionales, asociadas en un caso al pensamiento progresista desde la ilustración hasta los inicios del romanticismo y, en otro, al desarrollo posterior del imaginario romántico vinculado al alhambrismo y exotismo decimonónicos, de larga y fecunda factura dentro y fuera de nuestras fronteras.

La reflexión que nos propone Torrecillas parte de la idea inicial de interpretar el neoclásico hispánico como un proyecto equívoco respecto a su relación con la nación española, pues entiende que nuestros ilustrados fueron incapaces de poder ofrecer una alternativa sólida y convincente frente al imaginario tradicionalista nacional que emerge en el siglo de la razón, como reacción algo desequilibrada y bastante esquizoide —bueno es recordarlo— frente al supuesto afrancesamiento extranjerizante de las élites culturales, sociales y políticas de la España de las luces, vinculadas también a las políticas más o menos progresistas de los borbones hasta la llegada del desafortunado Fernando VII y que, solo a partir de la Revolución francesa concitará la posibilidad de crear un discurso europeísta alternativo a la imagen tradicional de lo español, que pretendía alejar los territorios peninsulares de aquella imagen despótica de inquisición, contrarreforma e intolerancia que había caracterizado el imaginario de la Península de las centurias

anteriores. Sin embargo, primero el miedo revolucionario, en especial a partir de 1789, y poco después la invasión napoleónica y guerra de la independencia, configurada por los sectores más rancios de la sociedad española como una nueva guerra santa contra el infiel —aquí quedaba el mito tradicionalista de la reconquista y Santiago matamoros—, no ayudarían para nada precisamente a que dicho discurso abierto pudiera tener un cierto recorrido popular, menos aún si cabe a partir de 1814 y el regreso del absolutismo fernandino, a excepción de los años del trienio liberal, años duramente castigados en la década ominosa.

Sin embargo, a pesar de tantos escrúpulos y obstáculos, sentaron las bases para la creación de dos mitos nacionales, opuestos —claro está— a la España de «cerrado y sacristía», cuyo objetivo era, de un lado entroncar con el pasado nacional y, de otro, proponer una lectura antitradicionalista de ese mismo pasado. Además, de esa manera pretendieron defenderse de la acusación de afrancesados o renegados —bastantes militaron en las filas de la administración josefina—, con poca o escasa fortuna —todo sea dicho de paso— ya que a partir de 1814 muchos de ellos tuvieron que soportar el estigma de la traición con sus correspondientes castigos de cárcel, exilio o pena capital; en algunos casos incluso después de muerto Fernando VII.

Estos mitos son fundamentalmente dos: el mito de las libertades políticas medievales en torno básicamente a la sublevación de los comuneros de Castilla y los controvertidos fueros de la Corona de Aragón; y, finalmente, el mito de al-Andalus. El primero de ellos, de especial relevancia política durante las Cortes de Cádiz —ahí quedaba el temprano drama *La viuda de Padilla* (1812) de Francisco Martínez de la Rosa, por ejemplo, como testimonio literario de dicha tradición histórica. Se legitimaban así las nuevas cortes y el texto constitucional gaditano, como resultados últimos de una continua lucha del pueblo español frente a la tiranía, frente al largo paréntesis —más de tres siglos— del despotismo monárquico de austrias y borbones (dos dinastías, por cierto, extranjeras). Un despotismo que, junto con la intolerancia inquisitorial, había contribuido a la tenebrosa leyenda negra que sobre España y los españoles había depositado una imagen retrógrada y antimoderna, ahora puesta nuevamente en solfa dados los violentos acontecimientos que inauguraban el siglo XIX.

De esta guisa, tras los debates de las Cortes de Cádiz o la posterior querrela calderoniana, en realidad se estaban enfrentando dos conceptos mitológicos sobre la identidad nacional y dos formas de muy difícil encuentro que hacían enfrentar la España imposible de nuestros ilustrados y liberales (con sus mitos a la cabeza) contra la España, tradicionalista, cuyo discurso se concentraba en la exaltación a ultranza de la alianza indestructible, inquebrantable, del altar y el trono y sus cerradas lecturas sobre la reconquista y la unidad espiritual de la península. Una lectura esta última que inicia la reflexión de Xavier Andreu en torno a la construcción de la mitomanía romántica hispánica, y que suponía, en cierto sentido, la otra cara del discurso liberal defendido en la espléndida exégesis de Jesús Torrecilla.

Pero a partir de estos dos primeros problemas —la nueva emergencia de la leyenda negra y la respuesta en clave de modernidad de nuestros vates ilustrados y afrancesados— ambas perspectivas van a discurrir más o menos en paralelo en lo que respecta a uno de los mitos románticos peninsulares más potentes y extendidos acerca de nuestro pasado, pero también acerca de cómo nos observaban y nos miraban desde el exterior. Un mito que, por diferentes razones, todas muy complejas y de difícil explicación, se conformará a lo largo de toda la centuria como un poliédrico y contradictorio espejo identitario. Se trata del segundo mito que se aborda en *España al revés* de Torrecilla y que constituye

una de las piedras angulares también del estudio de Andreu Miralles. Es el mito de al-Andalus. Pero vayamos por partes.

Si para Torrecilla, los comuneros se convirtieron en banderas e insignias patrióticas de la política liberal, esta otra construcción orientalista de la cultura y la historia de España tuvo un doble propósito respecto al imaginario de la península. Por un lado, desde los sectores mayoritarios de los pensadores y escritores de la ilustración y los afrancesados, con al-Andalus se pretendía contrarrestar la extendida idea de atraso que sobre España se tenía en el resto de Europa, también como país por naturaleza intolerante, bárbaro e irreflexivo. Una lectura que, con el exilio de muchos de nuestros liberales y afrancesados, adquirirá tintes de pura y dura autobiografía sentimental, emocional y política, al establecerse un claro paralelismo entre la suerte de todos estos escritores exiliados y aquella otra suerte bastante similar de los moriscos expulsos de 1609, que configuran muchos de los personajes y de los relatos de novelas, romances, poesías y ensayos de esta legión de hombres de letras, víctimas como aquellos otros de la intolerancia y el fanatismo religioso, político y étnico. Al igual que judíos y moriscos, dos siglos después, tuvieron que marchar fuera de su tierra. Para todos, el problema residía en el mito de la reconquista, ahora sometido a un revisionismo de corte liberal, que se interpretaba ahora en clave de guerras civiles entre españoles cristianos y españoles musulmanes, de lo que también se desprendía la idealización de al-Andalus como una auténtica Arcadia, «un paraíso tristemente destruido por los reinos cristianos», en palabras de Juan Pablo Domínguez, de manera independiente a su realidad histórica o sus más que posibles conflictos sociales y políticos, que también los tuvo.

Más allá de alguna que otra cuestión algo discutible, como por ejemplo la identificación sin fisuras entre absolutismo y contrarrevolución —algo que bien distinguió hace algunos años Antoine Compagnon (*Los antimodernos*, Acantilado), o referirse al liberalismo como el único pensamiento progresista heredero de la revolucionaria Francia —¿dónde quedaría un autor como Marchena, por ejemplo?—, o determinar dicha visión idealizada del islam como algo completamente original de los liberales —creo que no es del todo así—, sin embargo, el libro de Torrecilla acierta a realizar un profundo recorrido por esa otra cara del nacionalismo español relativa al mito musulmán, incluso si no como algo anterior sí al menos como algo cronológicamente simultáneo a la aparición del nacionalismo tradicionalista —tesis a la que ha dedicado otros trabajos anteriores. Una concepción que sitúa el marco cronológico del debate antes de 1808, si bien es cierto que es a partir de esa fecha cuando se concentran todas las tensiones y rigideces del problema.

Y es aquí también donde entra en juego el segundo de los libros, *El descubrimiento de España*, donde Xavier Andreu Miralles parece recoger el testigo de Torrecilla, en lo referente al mito islámico de la cultura española que, tras esa arquitectura del relato liberal y asociada a otras líneas discursivas, se apodera —o sí o sí— del imaginario romántico y finisecular para dibujar algo más que un perfil de España como teatral escenario andalusí, para vehicular una buena parte del nacionalismo hispánico de la mano del sur peninsular y los territorios periféricos, como portadores de una modernidad ajena al centralismo castellano. Un problema —la dicotomía centro/periferia— que vertebra las relaciones entre «el mito romántico de España y la construcción de la identidad nacional española durante las décadas de 1830 y 1840».

Bajo la premisa más genérica de «analizar el mito romántico de España para entender la reacción que provocó y estudiar su influencia en el nacionalismo español del periodo», dibuja aquí el autor de *Mito romántico e identidad nacional* un modelo discursivo sobre la leyenda orientalista española donde se comparte, de un lado, la España romántica percibida por Mérimée, la España de Carmen, la España bárbara imaginada desde

el exterior —y que despertará los máximos recelos y prevenciones desde todas las opciones ideológicas puestas sobre el tapete del debate nacional—, y por lado se continuaba con la configuración e institucionalización de la narración reciente de al-Andalus y el orientalismo peninsular como claves de su modernidad-antimodernidad románticas. Un mito complejo de amplio alcance en la conformación de la identidad nacional. Se hace, pues, un recorrido por la historia de la literatura española del siglo XIX, desde Ayguals de Izco a José Zorrilla, pasando por autores tan emblemáticos del romanticismo español como Larra, Fernán Caballero, Martínez de la Rosa, el duque de Rivas, Hartzenbusch, en cuyas respectivas obras íbamos a ver reflejada esa misma España de Mérimée pero desde talentos muy polares o ambivalentes. Actitudes y lecturas que matizaban, excluían o rechazaban el mito francés, pero que no renegaban de ninguna de las formas de aquella construcción islámica entre lo bárbaro y lo civilizado, aunque fuera para ponerla en entredicho. Una nueva revisión del discurso creado por los liberales y afrancesados del exilio, pero que ahora se adentraba por los complejos territorios de un imaginario que se predicaba no como parcial de la realidad española, sino como lectura global de su misma realidad histórica y territorial, con pocas posibilidades de ser negada, especialmente allende los Pirineos.

Nos encontrábamos por tanto ante un fuerte imaginario —que pervive hasta nuestros días— del que se han ido alimentando los distintos procesos y conflictos de la historia contemporánea de España para explicar, no solo su pasado, sino muy especialmente justificar su presente y, más aún, legitimar las posibles acciones políticas de futuro, dentro de un controvertido puzzle de imágenes que continúan generando conflicto en la actualidad. Baste solo con mencionar las tensiones territoriales y/o el problema asociado a las corridas de toros en cuanto a su consideración como fiesta nacional y como costumbre salvaje: dos problemas de fuerte confrontación nacionalista con animosas dosis de ideología.

Unas imágenes y ficciones —podría afirmarse—, a caballo siempre entre la fascinación y el recelo, cuando no claro rechazo (entonces y ahora), pues aceptar dicho mito romántico sobre España involucraba aceptar además «un discurso de poder que implicaba la exclusión de España de la modernidad occidental». De un lado, pues, una imagen violenta, tal vez demasiado popular, atrasada; todo muy enfrentado a la burguesa y moderna Europa que emergía con fuerza en las décadas románticas; pero también una imagen genuina, autóctona, original, vitalista: todo asimismo muy romántico. Una conflictiva dualidad que para muchos hombres de letras y artistas supondrá un ejercicio de cierto eclecticismo — así lo subraya Xavier Andreu— que se apoderaba de dicha mitificación, pero que también atemperaba posturas de cara a reconstruir dicho discurso prescindiendo de sus aristas o perfiles más ácidos y, por tanto, más incómodos para los ambientes culturales españoles, siempre más recatados y atemperados que sus homónimos europeos. El resultado último, excepciones al margen, fue la conformación de una identidad nacional que se asentará sobre un ejercicio de relectura y redefinición de dichos retratos, bien mediante la reinterpretación del pasado árabe peninsular —aquí se dialoga con las tesis de Torrecilla—, bien mediante una concentración del mito castellano medieval fundamentado en diferentes estereotipos tomados de la herencia cristiana —Menéndez Pelayo—, bien configurando un nuevo discurso basado en los estereotipos de la morofilia y el alhambrismo frente a la reconquista castellana, de profundas raíces neoclásicas, potenciado desde los exilios liberales de la primera mitad del XIX y amplificados desde la escenografía del drama, el romance y la novela romántica.

En definitiva, se asiste a lo largo de toda la centuria a un intenso juego de negociación de posturas, imágenes e ideas —algunas de extraordinario calado popular como es el caso de la prohibición de los espectáculos taurinos (uno de los iconos de la barbarie española).

Un proyecto común —inventar España— pues, que, a pesar de aunar intereses diversos en algunos periodos muy determinados, sin embargo sirvió para crear un conflicto de mayores dimensiones políticas —aquella dos Españas que aventuró siniestramente Blanco White—, de muy difícil resolución, máxime cuando las imágenes y lecturas de los bandos en conflicto empezaron a tener dimensiones algo exageradas, tal vez demasiado desproporcionadas, como en su momento supo teatralizar el inventor del esperpento, Valle-Inclán, para mostrarnos una España demasiado combativa e intolerante consigo misma, incapaz de hacer coincidir todas las piezas puestas en jaque. Un imaginario, pues, que trascenderá el XIX pero que, debido a sus más que obvias rivalidades internas no resueltas desde el punto de vista político, social y territorial, continuará creando polémica y desencuentro. Disputas que llegan hasta las voces más discordantes de la actualidad, que para nada creen verse reflejadas, identificadas, en aquel sugerente catálogo de imágenes que produjo una buena parte de nuestra mejor literatura decimonónica, y que en numerosas ocasiones solo vemos a través de las luces tenebrosas de la España negra o los espejos deformes y estridentes del autor de *Luces de bohemia*: los libros de Torrecilla y Andreu Miralles dan bastante luz al problema.

En otro orden, aspecto muy positivo de ambas publicaciones es el intenso recorrido que sus respectivos autores nos proponen por autores y textos, incluso por parcelas poco transitadas por los propios historiadores y críticos de la literatura española, independientemente de que a veces se acusan ciertos estereotipos historiográficos al uso, o alguna que otra imprecisión de cronología literaria o lingüística. No en vano, son libros pensados más como libros de historia y publicados, precisamente, en editoriales de la especialidad —no todo iba a ser perfecto. Por lo demás, buenos ejemplos de diálogo académico entre la historia y la literatura: dos caras del mismo discurso ficcional sobre España y los españoles.

Alberto ROMERO FERRER